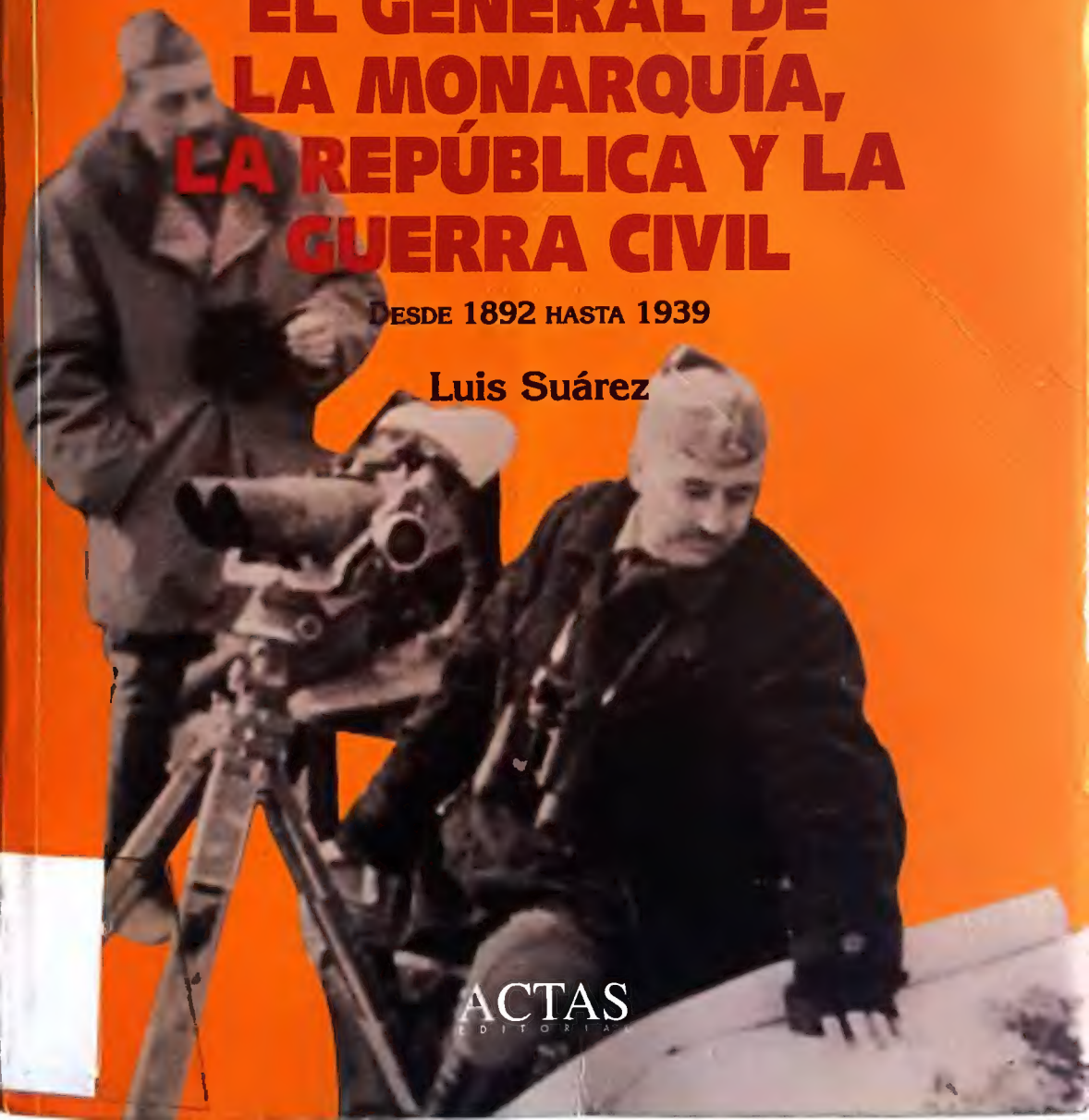
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

SEGUNDA PARTE

GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO

CAPÍTULO 16

CRUZAR EL ESTRECHO.

1. LA FIRME DECISIÓN.

1. El 19 de julio de 1936, por la mañana, después de haber despachado a Luis Bolín para la misión que hemos mencionado en el capítulo anterior, Franco tomó posesión del mando del Ejército de Marruecos, en el despacho del alto comisario, en Tetuán. Entre las primeras entrevistas que mantuvo se encuentran una con Juan Yagüe, que iba a convertirse en jefe de sus unidades de vanguardia, otra con su antiguo amigo Juan Beigbeder –que fue de las pocas personas que le siguió tuteando– al que iba a encomendar precisamente la Alta Comisaría, y una tercera con Francisco Martín Moreno, hasta entonces jefe de Estado Mayor del Ejército de África, que no había querido sumarse al movimiento mientras Franco no estuviera en él. A este último encargó que inmediatamente se trasladara a Sevilla para servir allí como cabeza para el puente de tránsito de tropas que pensaba organizar. El 20, en Ceuta, rodeado de un entusiasmo creciente de la población marroquí y española, insistió en su propósito: no obstante comenzar en aquel mismo momento el puente aéreo, tenía la convicción de que necesitaba forzar el paso marítimo del Estrecho, dominado en este momento por la flota republicana. Algunos de los testigos presentes le atribuyen la frase siguiente: «tengo que pasar y pasaré».[1]

Teóricamente Indalecio Prieto tenía razón: los cinco días de julio habían conducido a los militares sublevados a un callejón sin salida. El Gobierno contaba con todos los resortes que debían asegurarle la victoria: la mayor parte del territorio y de la población, las zonas industriales, todas las reservas de metales preciosos y divisas disponibles, la casi totalidad de la Flota y las relaciones diplomáticas con el exterior, incluyendo un puesto en la Sociedad de Naciones. Muchos meses después, cuando la guerra había cambiado de signo, Franco lo reconoció así pero dijo que los tres factores que le daban a él la victoria eran: una «firme voluntad de vencer», la «acción de conjunto» y «el predominio de los factores morales».[2] Partiendo de una anarquía casi tan grande como la que imperaba en zona republicana –lo que resultó fatal para muchos– él supo crear la organización política y militar necesarias. El 20 de julio,

domingo, Franco asistió a misa rodeado de una verdadera muchedumbre: he ahí otro dato que conviene no olvidar.

«Nacionales» y «rojos». Aquí vamos a emplear con profusión estos nombres sin que haya intención laudatoria ni de vituperación. Los partidarios del movimiento, recordando sin duda que a las elecciones de 1936 las derechas acudieron formando un Bloque Nacional, se atribuyeron, por autodefinición esa especie de tarea de restauración de la unidad y de las formas «nacionales». «Rojo» fue un calificativo que acabó convirtiéndose en insulto en boca de sus enemigos, pero que en los primeros tiempos fue esgrimido como timbre de gloria. Sirve, a veces, para precisar conceptos: republicano es nombre que puede atribuirse al Gobierno y al ámbito de poder de este Gobierno que era muy escaso; para lo que formaba parte de la revolución en marcha, milicias, comités, más tarde Ejército, instrumentos de represión e incluso colectivización resulta más adecuado el término rojo como sus protagonistas nos propusieron.

2. La muerte de Sanjurjo dejó sin su jefe natural al Movimiento. Los coetáneos estimaron, sin la menor duda, que Franco era, lógicamente, el general llamado a sustituirle en el mando supremo. El marqués de Quintanar, recordando la frase que se utilizaba para comunicar las sucesiones reales, en el funeral de Sanjurjo ya dio un grito de Viva Franco. Como hemos indicado, durante unos pocos e importantes días el general de África procedió como si fuese jefe responsable de todo el Ejército y en calidad de tal emprendió las negociaciones con Alemania e Italia. Sus adversarios también lo reconocieron así. Los periódicos de inspiración gubernamental se referían a él como cabeza de los sublevados y le atribuían órdenes dirigidas a los rebeldes en todo el territorio nacional. Cuando la *Gaceta*, el 22 de julio, publica la destitución de seis generales, Franco aparece como el primero, seguido de Goded, Cabanellas, Queipo, Fanjul y Saliquet. No se encuentra ninguna duda a este respecto ni en amigos ni en enemigos.

Cabanellas, que todavía el 21 de julio enviaba un telegrama a Franco, dándole cuenta de que Zaragoza se hallaba firmemente bajo su mando, abandonó esta ciudad pare reunirse con Mola en Burgos. Por él tuvo conocimiento de que el «director» había comunicado a Gil Robles, residente en Biarritz, que no era conveniente por ahora que entrase en España. El 23 ambos, de acuerdo al parecer, decidieron que la autoridad tenía que asumirla en toda la zona nacional, como estaba previsto en algunas instrucciones previas, una Junta de Defensa compuesta exclusivamente por militares.[3] Estaba presidida por Cabanellas por ser el más antiguo entre los generales de División y en ella entraban Mola, Saliquet, Ponte y Dávila, con los coroneles Montaner y Moreno Calderón.[4] Franco, a quien tantos consideraban ya como el jefe indiscutible, era desplazado por tanto por un Directorio Militar que asumía la plena legitimidad en las funciones del Estado. Ni siquiera formaba parte de la Junta, lo mismo que Queipo de Llano o Kindelán. Seguramente se había previsto incorporarle con posterioridad, pero tal incorporación, caso de producirse, significaría la previa aceptación de tal legitimidad.

Las primeras decisiones de la Junta consistieron en nombrar a Mola jefe del Ejército del Norte y a Franco jefe del Ejército de Marruecos y del Sur. Pero Mola se reservó únicamente el frente de Somosierra-Soria, dejando a Saliquet el de Guada-

rrama-Ávila-Cáceres, y Franco respetó el mando de Queipo de Llano sobre Andalucía. Como ambos aceptaron estos nombramientos quiere decirse que acataban la legitimidad de la Junta.[5] Desde el 20 de julio en que Ángel Salas volara a Tetuán los contactos directos de Mola con Franco se hallaban perfectamente establecidos.[6] A partir del 24 de julio una autoridad «legítima» aparecía en zona nacional, afirmando ser además la única en todo el territorio. Posteriormente fueron elegidos miembros de la misma, por este orden, y con diferencias de tiempo, Franco, Gil Yuste, Queipo de Llano, Orgaz, el capitán de navío Moreno Fernández y Kindelán. Cabanellas podía sentirse satisfecho: todos los grandes jefes, sin discrepancia, aceptaban colocarse a las órdenes de la Junta.

La cuestión, ahora, era otra: un colegio tan amplio –a finales de agosto estaba compuesto por trece personas– podía ser conveniente para la toma de decisiones en orden a las tareas de gobierno, pero constituía un estorbo a la hora de dirigir una campaña. Se había construido una nueva legitimidad partiendo del principio de que cuando el Estado se quiebra, poniendo en peligro la existencia misma de la nación, el Ejército –«garantía de lo permanente»–[7] asume, en última instancia la representación de la Patria, ejerce el poder y considera «rebelión» o «auxilio a la rebelión» cualquier resistencia directa o indirecta a sus mandatos. Desde el primer momento se había planteado ya la necesidad de nombrar un general en jefe con capacidad suficiente para ganar la guerra. Cabanellas no poseía las cualidades necesarias.[8] Todas las miradas confluían en Franco.[9]

II. POR AIRE Y POR MAR.

1. Para confirmar el reconocimiento de las cualidades que se le atribuían, Franco necesitaba cumplir con éxito las dos operaciones inmediatas, el cruce del Estrecho con sus tropas y la unión de las dos zonas nacionales por el camino de Extremadura. De ambas dependía la suerte de la guerra. Por eso, en la orden del día del 1 de agosto, en que comunica su decisión de ir sobre Mérida y Zafra, presenta esta maniobra como el comienzo de la marcha hacia Madrid. Aunque los transportes aéreos iban a llevar el peso principal, quiso que un convoy marítimo demostrase al enemigo que no era dueño del Estrecho, de ninguna manera. Todas las veces que sometió esta cuestión a consejo de sus compañeros y subordinados, tropezó con una negativa; pero él se empeñó. Una de las características de su modo de actuar radicaba precisamente en la importancia que daba a las cuestiones de prestigio y a no dar al enemigo la sensación de que podía conservar sus ganancias. De hecho el Gobierno, con sus medidas preventivas a partir del 15 de julio, y a través de la revuelta de la marinería, había conseguido apoderarse de la Flota y, con ella, del Estrecho.

Pero esa revuelta proporcionaba condiciones de debilidad que Franco se proponía aprovechar: varias veces comentó con los suyos que una tripulación sin oficiales se convierte en «chusma» –término estrictamente marinero– y pierde su capacidad de lucha. Aun en los barcos que seguían mandados por oficiales fieles al Gobierno, se habían constituido comités que debilitaban la acción de sus comandantes. Frente a la Flota, parte de cuyas unidades buscó refugio en Tánger demostrando su desconfianza, Franco disponía de un cañonero (Dato), un torpedero y un

guardacostas, todos además con bastantes años de servicio. Franco hizo reclamaciones formales ante las autoridades tangerinas porque la presencia de los barcos de guerra en aquel puerto constituía desacato a las leyes internacionales pero no consiguió la expulsión de los barcos hasta el día 9 de agosto, es decir, después de que el Estrecho hubiera sido cruzado.[10]

El 28 de julio, a bordo de un avión Fokker, el general Franco hizo el vuelo a Sevilla, en donde la población le recibió también como el jefe esperado: eran visibles los refuerzos que llegaban desde Marruecos por esa misma vía.[11] Desde Sevilla envió a Mola un primer mensaje, muy largo,[12] en que le daba cuenta del primer éxito logrado por sus fuerzas, esto es, la consolidación de Andalucía. Fue en Sevilla, con toda probabilidad, donde recibió la noticia de que Alejandro Lerroux, que había conseguido huir de su residencia de San Rafael, junto al Guadarrama, antes de la llegada de los milicianos, estaba en Lisboa y dirigía a ambos bandos un llamamiento para que suspendiesen la lucha y negociasen, ofreciéndose como mediador. Franco aseguró a Queipo, antes de regresar a Tetuán, el 29, que sus tropas pasarían por mar el Estrecho. Desde el 30 de julio la Junta de Defensa había nombrado al capitán de navío Francisco Moreno jefe de la Flota; era una decisión lógica, tras el éxito alcanzado por él en Ferrol.

2. Durante once días, Huelva había estado en poder de la República, pero las columnas formadas con fuerzas de Orden Público para marchar sobre Sevilla acabaron pasándose al enemigo. El 29 de julio la columna Vierna la ocupó y desde entonces toda Andalucía occidental quedó firmemente a las órdenes de Queipo de Llano.[13] Varios días habían resistido también algunos barrios de Sevilla, en especial el de Triana, de modo que hasta el 22 de julio no pudieron considerarse los nacionales dueños de la ciudad: ese mismo día, al ser tomada Carmona, estando Écija en armas desde el primer momento, se aseguró el enlace con la guarnición sublevada de Córdoba. Utrera hizo una resistencia encarnizada que concluyó el 26. Luego se tomaron Estepa, Osuna y Puente Genil. Desde aquí pudo iniciarse la limpieza de la serranía.

Las milicias anarcosindicalistas se adueñaron de las zonas mineras de Almadén, Peñarroya y Pozoblanco, tratando de avanzar sobre Córdoba. El hecho de que en Albacete triunfara la rebelión, obligando a distraer fuerzas, evitó que Miaja, llegado a Montoro el 28 de julio, pudiera sorprender a la guarnición de Córdoba, muy escasa, antes de que llegaran los necesarios refuerzos africanos que mandaba el teniente coronel Eduardo Sáez de Buruaga. Franco tenía razón. Antes del 1 de agosto la capacidad de resistencia de Córdoba había crecido tanto que los fuertes ataques, del 4 y 20 de agosto, y algunos todavía posteriores, terminaron en derrota para los republicanos. Toda la línea del Guadalquivir, desde Córdoba hasta su desembocadura, se hallaba ya firmemente en manos nacionales.

Preocupante situación la de Granada: la guarnición sublevada la componían 400 soldados de Infantería, 120 guardias de asalto y 100 guardias civiles. La capital, lo mismo que Guadix y Huelma, quedó inmediatamente cercada, dependiente de un suministro aéreo que aseguraba una flotilla de cuatro aviones. Sólo el desorden reinante en Málaga después del aplastamiento de la rebelión y la falta de tropas impidió al Gobierno de la República someter Granada a su dominio, porque hasta el 12 de agosto no pudo Queipo de Llano iniciar la operación de rescate siguiendo el cami-

no histórico tradicional: primero Antequera, como si se pretendiera caer sobre Málaga, pero luego tomar Loja (18 de agosto) hasta abrirse paso, por la Vega, hacia Granada. Al día siguiente se produjo el asesinato de Federico García Lorca.

3. En Tetuán, adonde Franco regresó el 29 de julio, le aguardaba una noticia no menos importante: las comunidades sefardíes de Tánger y del Protectorado habían reunido un millón de francos franceses, que ofrecieron como contribución al Alzamiento. Junto a Beigbeder, en la Alta Comisaría, iba a instalarse un representante de dichas comunidades, don Josef Toledano. De este modo se establecía un compromiso que Franco ya no podría olvidar y que contribuye a explicar la actitud de España en las horas sombrías para los israelitas a partir de 1940.[14] Como el sionismo, con la mayor parte de los movimientos internacionales judíos, se colocó abiertamente al lado del Gobierno de Madrid, hubo una curiosa e incorrecta tendencia a distinguir entre dos clases de judíos, los de ascendencia española, a quienes se consideraba amigos, y los askenazis, de origen alemán o centro europeo que no lo eran. Todo esto desempeñará cierto papel en otro momento.

Por razones de prestigio militar, Franco estaba decidido a arriesgar una parte de sus efectivos en un transporte marítimo desde Marruecos a la Península. El mismo día 29 de julio, apenas regresado desde Sevilla, reunió en su despacho al puñado de oficiales de marina con quienes contaba, y les comunicó el proyecto: todos estaban informados de que el puente aéreo había comenzado a funcionar de manera muy satisfactoria. Todos, al parecer, se pronunciaron negativamente respecto a las posibilidades de tránsito por mar pues la superioridad técnica y numérica del enemigo resultaba aplastante. Pero Franco –y éste era uno de los rasgos de su carácter– razonó de otro modo: aquellos barcos que se encargaban del bloqueo estaban ahora al mando no de sus oficiales sino de las tripulaciones que los asesinaran. Sin capacidad técnica en el mando, los instrumentos sirven de muy poco. Este razonamiento, que dio buen resultado, es el mismo que aplica después a la marcha sobre Madrid, pese a todas sus cautelas que siempre eran muchas. Una anécdota contada por testigos puede ayudarnos a aclarar la situación. Como los presentes insistiesen en su negativa, les dijo: «no les he llamado para que me digan estas cosas, sino para comunicarles que el convoy de tropas y material debe pasar lo más pronto posible; y les aseguro que pasará».[15]

Conviene insistir, una vez más, en que el envío del Ejército de Marruecos a la Península se había dispuesto de una manera distinta, aquella que Hermann Göring comprendió al examinar el pedido que le pasaban, es decir, por aire. Por primera vez en la Historia –y fue una experiencia que los beligerantes de 1939 tuvieron muy en cuenta– se estableció, utilizando al máximo dos docenas de aviones de capacidad muy limitada, una línea de comunicación que, sin registrar ningún accidente, lo que resulta más notable, trasladó en dos meses y medio, en 868 vuelos, 13.952 hombres, 44 cañones, 92 ametralladoras y 500 toneladas de pertrechos. Nada de esto es extraño. La Guerra Civil española –y a los estudios de Jesús Salas Larrazábal nos remitimos– presenció el uso muy abundante del arma aérea en ambos bandos. Cuando Mola, frenado en la sierra de Guadarrama y amenazado por una contraofensiva roja en Aragón, donde operaban fuerzas muy numerosas tras la victoria completa del Frente Popular en Cataluña, se vio angustiado por la falta de municiones, un puen-

te aéreo le proporcionó 600.000 cartuchos. Nunca se dio noticia, por razones de seguridad, del empleo que Franco hizo del avión como medio de transporte durante toda la campaña, lo que implicaba en ocasiones evidentes riesgos. A Mola costó la vida un accidente de aviación.

4. En aquellos momentos, salvo en Andalucía, donde las operaciones de ocupación de territorio continuaban con éxito, según hemos visto, los militares sublevados se encontraban a la defensiva. Había fallado la marcha sobre Madrid, el frente de Aragón sufría fuertes embates desde Cataluña y los gudaris preparaban una marcha sobre Vitoria. Mucho más grave era en estos momentos la situación en Extremadura. En la provincia de Badajoz, la actitud de la Guardia Civil fue, en general, favorable al Alzamiento, pero las milicias anarquistas, muy numerosas, consiguieron imponerse causando muchas víctimas entre los rebeldes y también entre la población considerada derechista. Era un comienzo de revolución. El general Luis Castelló, que mandaba la segunda Brigada, fue llamado a Madrid donde habría de convertirse en ministro de la Guerra y su sustituto, el coronel José Cantero, obedeció la orden que se le daba enviando a la capital el único Batallón completo de que disponía. También parte de la guarnición de la Guardia Civil recibió la orden de dirigirse a Madrid, pero desobedeció, sublevándose. Confluyendo hacia la ciudad de Badajoz los rebeldes contagiaron a los otros guardias, manteniéndose en actitud expectante, de desobediencia al Gobierno, pero sin decretar el Estado de Guerra. Cuando el 22 de julio llegó el coronel Ildefonso Puigdendolas para tomar el mando se encontró con que no había tropas ni guardias con los que contar. Su decisión fue apoyarse en las milicias no obstante las terribles violencias que estaban cometiendo, tratando de formar columnas que liquidasen los focos aislados de resistencia y se opusiesen a un posible avance desde Sevilla. Estas milicias tenían mucho valor pero escasa o nula preparación militar.

En los planes de Mola figuraba una operación prioritaria: la convergencia de las columnas sublevadas sobre Madrid. Dicha operación fracasó y de ello tuvo constancia Franco durante su breve estancia en Sevilla el 28 de julio. Mola se había reservado la dirección operativa en Somosierra porque iba a ser el portillo para la penetración y encomendó a los primeros voluntarios, muy pocos, entre los que destacaban los hermanos Miralles, que lo ocupasen y defendiesen si les era posible. Lo intentaron, pero tuvieron que replegarse hasta Aranda. Desde aquí, el día 20, incorporados a la columna del coronel Gistau, volvieron a intentarlo. El 22, desalojados por fuerzas superiores, y llevando consigo el cadáver de Carlos Miralles, los rebeldes tuvieron que replegarse de nuevo. García Escámez, tras asegurar Logroño, Alfaro, Soria y las comunicaciones con Zaragoza, llevó sus tropas al pie del puerto y el 25, a las cuatro de la tarde, consiguió coronar la cumbre de Somosierra, en donde se fortificó. Pero las fuerzas enemigas eran muy superiores y el frente quedó estabilizado.[16]

Algo semejante sucedía en Guadarrama y Navacerrada, la larga línea de crestas que forma como la muralla de Madrid a medio centenar de kilómetros de los barrios extremos de la capital. Sublevadas Ávila y Segovia, donde las guarniciones eran escasísimas, procuraron limpiar la zona de El Espinar y San Rafael. Pero el 22 de julio la «columna Castillo» con milicianos socialistas y comunistas, soldados y mandos militares, logró dominar las dos cumbres, la del Alto del León y la de Navacerrada. Con-

tra ellos subieron en la tarde del mismo día 22 los soldados y falangistas procedentes de Valladolid que formaban la columna Serrador: un empuje decidido y antes de la noche el puerto de Guadarrama y gran parte de la cresta, hacia Peguerinos, era de los nacionales. No tomaron el alto de Navacerrada, fortificándose en La Granja y Valsaín, posiciones malísimas para la defensa. Durante diez días, presente el general Riquelme con tanques y fuerzas motorizadas, la pugna por el Alto del León fue terrible: ni los frentepopulistas consiguieron recuperarlo ni sus adversarios alcanzar el pueblo de Guadarrama. El 29 de julio el frente se hallaba estabilizado.[17]

La mayor amenaza para los planes de Mola vino del otro sector, el de su derecha. Las fuerzas constituidas en Cáceres no podían ser movidas pues se necesitaban para detener un posible avance desde el Sur. Y en Ávila la guarnición era meramente simbólica, compuesta por soldados adscritos a distintos servicios sin tropas de primera línea. Julio Mangada, con su columna, muy fuerte, que había conseguido asegurar Navalperal de la Mata y subir luego hasta Las Navas del Marqués, tuvo la idea de aislar a las guarniciones de Guadarrama cortando sus líneas de abastecimiento y atacándolas por la espalda. Desde las Navas marchó sobre Villacastín y lo tomó; una sección suya, enviada sobre Arévalo, fue la que chocó en Labajos con milicianos falangistas procedentes de Valladolid. En el encuentro murió Onésimo Redondo Ortega. Pero sin seguir adelante, Mangada se replegó a El Espinar y regresó a Madrid: tenía prisa por recoger los honores del triunfo. Jose Antonio Girón, con los falangistas, vino desde San Rafael, limpió El Espinar y restableció las líneas de comunicación.[18]

En definitiva, desde el 29 de julio, la marcha sobre Madrid estaba detenida en la cordillera central y, a menos que se concentrasen efectivos mucho mayores, sería imposible reanudarla. La superioridad aérea del enemigo impedía las operaciones diurnas y a veces los transportes y avituallamiento.

III. LOS BARCOS QUE CRUZARON.

1. La única posibilidad de romper el equilibrio de fuerzas descansaba en el Ejército de África que constituía una fuerza verdaderamente formidable: sus soldados de línea, españoles y marroquíes, equivalían a 45 batallones de Infantería, 14 baterías, 5 escuadrones de Caballería y 4 batallones de Ingenieros, en total por encima de los 25.000 hombres. Carecía, sin embargo, de adecuada cobertura aérea mientras no llegaran los aviones alemanes e italianos de combate: el 31 de julio, al convertirse en jefe del Aire –«como Ícaro» comentaría luego jocosamente– Kindelán disponía de siete aviones y cuatro hidros. El 1 de agosto, cuando apenas había cruzado una mínima parte de tales efectivos, Franco comunicó a Mola que la marcha sobre Madrid comenzaría inmediatamente. En efecto, aquel mismo día a las 2 de la tarde, firmó la orden para las tropas que iban a participar en ella. «Es imprescindible –decía– una disciplina absoluta en el fuego. En cuanto a la reducción de focos rebeldes se efectuará con energía, excluyendo la crueldad, respetando en absoluto a mujeres y niños y evitando toda clase de razzias».[19] Este lenguaje comedido, de un jefe militar que sabe qué cosa es una guerra, y la acepta, no forma parte de ningún manifiesto ni está dirigido a la propaganda: se trata de una comunicación militar bajo el epígrafe de estricto secreto. Es una orden y forma parte del plan de operaciones.

Esa orden indicaba también un cambio en los planes trazados: en lugar del camino de Despeñaperros y Santa Cruz de Mudela, por donde circulaban las tropas de Miaja para intentar recobrar Córdoba, Franco había tomado la decisión, probablemente sin consultar a nadie, de tomar la vía de Mérida, para fundir en una las dos zonas. Podía dudarse aun si se trataba de reforzar las posiciones de la cordillera para pasar al ataque previsto, pero los historiadores tienen casi absoluta seguridad de que la decisión de acceder a Madrid desde el Sur estaba tomada. La marcha comenzó el 2 con la salida de Sevilla de la primera columna que estaba mandada por Asensio y que el 3, venciendo muy escasa resistencia, entró en Santa Olalla. El 4 salió Monasterio que ahuyentó a las fuerzas de Puigdendolas en los Santos de Maimona mientras que Castejón ocupaba Llerena.

Aquello era ya una ofensiva, de la que, según el tono que adquirían las noticias en la prensa,[20] se esperaba la victoria. Al paso del tiempo se afirmaba el papel directivo de Franco. Es hora, pues, de que hagamos una referencia a su forma de conducir la guerra, que algunos escritores, haciéndose eco de opiniones formuladas por los consejeros alemanes, han calificado de escasamente brillante, incluso errónea. Sin embargo queda el hecho, en pie, de que él la ganó. Alonso Baquer, que es uno de los más expertos conocedores de la táctica militar,[21] ha establecido una comparación entre Franco y el comandante, luego teniente general Vicente Rojo, sin duda el mejor estratega de sus adversarios. Franco, de formación germánica –von Klausewitz– pero de un radical pragmatismo, fruto de su experiencia africana, era lento, mental y operativamente, porque desconfiaba de la victoria y buscaba tener en sus manos todos los medios para alcanzarla. Rojo, formado en la Escuela francesa, era más brillante y rápido, pero a menudo se olvidaba de la calidad de los elementos con que contaba. Para vencer, Vicente Rojo hubiera necesitado de una batalla defensiva con empleo de todos los elementos, como hubiera podido ser la de Madrid si su enemigo se hubiera decidido a entrar en la ciudad. Franco la rehuyó, pero partiendo de casi nada –25.000 hombres, según indicamos– construyó un Ejército que, al final, contaba con un millón de soldados. Hay, en todo esto, una especial paradoja que explica muchas cosas: sobre el papel los planes de Rojo eran buenos, brillantes, y los de Franco malos, tímidos y cautelosos. Pero el primero perdió todas las batallas y el segundo las ganó todas. Uno de sus empeños mas peculiares consistió en impedir que sus adversarios pudieran conservar nunca las posiciones que conquistaran. Así en Badajoz, así en Brunete, así en Belchite, así en Teruel, así en el Ebro. Victoria pues la suya muy trabajada, en una guerra que sabía que era larga.

En algunas ocasiones, él expresó su convicción: mientras los que le rodeaban iban convenciéndose de que sus decisiones, nada aconsejables en principio, siempre constituían un acierto, él se sentía acompañado de la buena fortuna, la «baraka» de que hablaban sus antiguos soldados marroquíes, y la atribuyó a la providencia divina. He aquí sus palabras manuscritas e inequívocas: «El ángel de la guarda con nosotros. Ayuda escandalosa de Dios: el Silvia, el Mar Negro, etc.»[22] Esta seguridad en su fe le permitía permanecer tranquilo en momentos muy duros.

La orden de Franco del 1 de agosto puede servir para señalar el tránsito de la primera a la segunda etapa del Movimiento: concluido el Alzamiento militar se iniciaba la Guerra Civil. Es muy importante comprobar que ese mismo día, en declaraciones que Indalecio Prieto entrego a la Agencia Havas, el famoso político socia-

lista se expresaba de la misma manera: comenzaba una guerra que, además, sería larga.

2. Prevista para el día 2 y demorada luego para el 5 de agosto, la operación naval para el paso del Estrecho, entre Ceuta y Algeciras, se efectuó en la tarde de este segundo día. El convoy, formado por tres buques de transporte, Arango, Ciudad de Algeciras y Ciudad de Ceuta, conducía menos de tres mil hombres con sus pertrechos, un contingente que sólo en muy poco podía modificar el planteamiento general de las operaciones. Se trataba, pues, de una operación de alcance psicológico y, por ello, muy importante dentro de la línea que en párrafos anteriores hemos señalado: demostrar que el enemigo no estaba en condiciones de retener para sí el dominio del Estrecho. La parte táctica de la operación consistía en lograr una buena cobertura aérea. Las condiciones meteorológicas obligaron a retrasarla desde el amanecer hasta las cinco de la tarde. Franco, que había ido a orar ante la imagen de Nuestra Señora de África, cuya fiesta en aquel día se celebraba, se instaló en la ermita de San Antonio junto al monte Hacho. Con él estuvieron dos ayudantes, un oficial de la Guardia Civil y el general Orgaz. Alfredo Kindelán le informó por la mañana de que se tenía noticia de que el destructor Lepanto estaba en la bahía de Gibraltar, amparado por los ingleses[23] y de que sus dieciséis aviones estaban ya a punto.[24]

A las cinco de la tarde se cursó la orden y a las seis el Uad Kert abandonaba la protección de los muelles ceutíes para enfrentarse con un fuerte oleaje; soplaba viento de Levante. A cinco millas de Punta Carnero fue avistado el destructor Alcalá Galiano, cuya superioridad absoluta sobre la improvisada flota nacional era bien conocida. Entonces el comandante del cañonero Dato deja pasar delante los transportes y, forzando máquinas, se coloca entre el convoy y el barco enemigo; a él se unieron el Kert y el torpedero T-19 venido desde Algeciras. Tocado por las certeras salvas del Dato y amenazado por un ataque en tromba de la aviación de Kindelán, el Galiano se retiró. Con grandes gritos de júbilo los tripulantes del convoy saludaron su victoria entrando en el muelle de Algeciras.

A las ocho de la tarde pasaron a Franco, que conversaba con sus acompañantes –la bruma impidió seguir la operación ni siquiera a distancia– la noticia de que el convoy había pasado. Algún periodista inventó después el calificativo enfático de «convoy de la victoria» confundiendo a los historiadores, como si se tratara de una operación decisiva. Uno de los testigos presenciales, ayudante de Franco, dice que el general comentó con frialdad: «se me ha pasado rápidamente el tiempo hablando con ustedes». Alguno de los que allí estaban comentó, en cambio, que «a mí me han parecido las horas más largas de mi vida».[25]

A punto ya de abandonar Marruecos, cerrando la que había sido etapa de muy gran importancia en toda su vida, Franco, que desde el 3 de agosto había sido incorporado por sus compañeros a la Junta de Defensa sostuvo una conversación muy instructiva con Kindelán[26] que le comentó cómo, desde aquel momento, podía considerarse ganada la guerra. «Conforme enteramente –me dijo el general– no abrigo dudas sobre el triunfo, no las he abrigado un sólo momento». Pero luego, tras un silencio de pocos minutos, añadió que «va a ser costoso y largo».[27] De acuerdo con este testimonio que parece fiable, desde muy pronto hubo, en Franco, la convicción de que se trataba de una guerra prolongada.[28]

3. El «convoy de la victoria» no resolvió el dominio del Estrecho. En términos de estrategia era tan sólo un percance que el Alcalá Galiano no hubiera sido capaz de interceptarlo cuando tenía medios para ello. Inmediatamente después los responsables de las fuerzas del Frente Popular celebraron una reunión en el Gobierno Civil de Málaga, dieron cuenta a Madrid de lo sucedido y también de ciertos Proyectos que tenían, en especial para el bombardeo de Algeciras, que podía ser reconquistada. Nada hicieron. Por su parte los nacionales entregaron el mando de toda la Flota al capitán de Navío Francisco Moreno Fernández que había acreditado de modo brillante su capacidad.[29]

Una de sus primeras decisiones consistió en enviar al acorazado España, verdadera pieza de museo, al Almirante Cervera, bastante mejor, y al destructor Velasco a pasear delante de las costas cantábricas, amenazando con establecer el bloqueo.[30] El 19 de setiembre un submarino resultó hundido frente al cabo de Peñas por un simble bou artillado, el Galicia, e Indalecio Prieto cursó la orden inmediata de que el grueso de su Flota fuese a limpiar de enemigos el Cantábrico. El 21 zarparon de Málaga el acorazado Jaime I, los cruceros Libertad y Miguel de Cervantes y seis destructores, al mando de Miguel Buiza, que era un marino de gran experiencia. El España, Cervera y Velasco, rehuyendo el combate con fuerzas tan superiores, se refugiaron en El Ferrol. Fue para Francisco Moreno la gran oportunidad: el Estrecho estaba custodiado únicamente por cinco destructores y dos submarinos. El 27, forzando la marcha, el Cervera, que llevaba consigo al Canarias, todavía sin concluirse la instalación de su artillería, pasó al Estrecho, hundió al Almirante Ferrándiz y obligó al Gravina a refugiarse en Casablanca, donde fue desarmado y retenido. Desde este momento puede decirse que Franco fue dueño del Estrecho ya que nunca los frentepopulistas pudieron recobrar su dominio. El Cervera utilizó como base Palma de Mallorca. Al incorporarse el Baleares, gemelo del Canarias, se invirtió el equilibrio de fuerzas.[31]

En poco más de dos meses una situación absolutamente favorable al Gobierno se vio sustituida por otra en que los nacionales eran dueños del mar, embotellando a sus enemigos en Cartagena y reduciéndolos únicamente a operaciones de protección de convoyes. Es evidente que algunas unidades italianas, ocultando su identidad, ayudaron a los nacionales, y que la presencia de grandes buques alemanes, en razón del acuerdo de no intervención, les favorecieron, pero, del mismo modo, el Reino Unido intervino eficazmente para impedir, mediante despliegue de sus barcos, que se estableciera el bloqueo de Bilbao. De modo que no puede atribuirse a los buques extranjeros –también submarinos soviéticos– este cambio de situación, sino al desconcierto creado en los mandos republicanos por el mal resultado de las operaciones y también a la prisa con que trabajaron los astilleros de El Ferrol.

IV. DE SEVILLA A TALAVERA.

1. Al examinar la situación durante la breve estancia en Sevilla debieron tenerse en cuenta tres cuestiones principales –estamos ofreciendo una hipótesis plausible a partir de los sucesos posteriores– se había perdido Madrid, como estaba previsto, y el Movimiento había fracasado, además de en la orla litoral, en Cataluña y Valencia que, por sí solas, constituían una seria amenaza. Sin embargo, la decisión que se

tomó fue la misma que figuraba en los planes de Mola, utilizando al Ejército de Marruecos –la única fuerza operativa tras el parón en Guadarrama y Somosierra– en una marcha sobre Madrid. Los catalanes y valencianos no pensaron nunca sacrificar sus fuerzas a un socorro de la capital, que sólo transcurridos tres meses pareció en peligro, sino aprovechar la superioridad coyuntural de su victoria recuperando Mallorca –en esto coincidían los proyectos del Gobierno de Madrid– y desmantelando las líneas enemigas de Aragón. Esta operación era, sin duda, lógica, pues la conquista de Zaragoza habría destruido la retaguardia de Mola obligándole al repliegue de sus fuerzas de Somosierra. La razón principal de que ambas operaciones fracasaran debe buscarse en el excesivo predominio de milicias anarcosindicalistas, muy valientes pero sin la preparación técnica necesaria para los combates que se avecinaban. El mismo día que se constituía en Barcelona el Comité de los Veintiuno, con presencia de todas las fuerzas políticas de la izquierda, se arrojaron proclamas sobre Huesca y bombas sobre Zaragoza, anunciando el ataque. Se contaba también con fuerzas regulares, procedentes de los Batallones de Montaña de Barbastro y de la guarnición de Tarragona, así como con unidades de la Guardia Civil y de Asalto.

En Huesca los sublevados contaban apenas con 400 hombres y en Zaragoza con un número muy insuficiente de soldados: ellos también acudieron masivamente al reclutamiento de voluntarios. Mola envió a Huesca algunos de los Batallones carlistas mejor entrenados. La primera columna que salió de Barcelona, con dos mil hombres, iba mandada por el mítico caudillo anarquista Buenaventura Durruti, que contaba con el asesoramiento del comandante Enrique Pérez Farrás; la segunda era mandada por un carpintero, Antonio Ortiz Ramírez llevando como asesor al comandante Salavera; una tercera era la del coronel Martínez Peñalver con la guarnición de Tarragona; y todavía la cuarta, de Ascaso, se haría un nombre heroico en esta guerra.

El tiempo daría a Franco la razón: el valor no basta en una guerra y al colocarse los mandos militares en calidad de simples asesores fueron prácticamente desautorizados. Apenas podían hacer nada de provecho. La conquista de Caspe (25 de julio) dio a Durruti un gran prestigio, pero los nacionales consiguieron, replegándose sobre Belchite y Cariñena, crear una línea defensiva que obligó al enemigo a detenerse. La lucha en Huesca fue especialmente dura. Pero a mediados de agosto, el frente se había estabilizado y los militares controlaban la comunicación entre Huesca, Zaragoza y Teruel en toda su extensión. Teruel quedó amenazado porque las milicias valencianas consiguieron apoderarse de Puebla de Valverde y Puerto Escandón.[32]

Como antiguo comandante militar de Baleares, Franco daba mucha importancia a la posesión de Mallorca y en varias ocasiones envió pequeñas notas urgiendo para que se tomaran medidas de defensa. Pero la isla, en poder de los sublevados desde el 19 de julio, quedaba lejos de la fuente de aprovisionamientos y con un mar dominado por la Flota enemiga. El capitán Alberto Bayo propuso a la Generalidad un plan de contenido político: apoderarse de Mallorca y convertir el archipiélago en una dependencia de la Generalidad. El Gobierno de Madrid trató de implicar a la Flota enviando además desde Valencia fuerzas de desembarco mandadas por el capitán Uribarry. Los dos jefes, Bayo y Uribarry, no consiguieron entenderse. De hecho se trataba de un choque de intereses que acabó en ruptura, retirándose entonces la

columna valenciana. La ocupación de Cabrera y Formentera, y el asalto a Ibiza desde el 9 de agosto, estimularon a los expedicionarios, que al amanecer del 16 de agosto iniciaron el desembarco en Puerto Cristo. Mussolini, que seguía con atención los acontecimientos, envió fuerzas aéreas para equilibrar el dominio del aire, mientras se constituían en la isla columnas de civiles que reforzaron la guarnición. El desembarco fracasó y el 3 de setiembre las últimas fuerzas catalanas reembarcaron abandonando una gran parte de su material.[33]

2. A distancia, Franco había estado impartiendo órdenes para la movilización y defensa de Mallorca, como si esta isla fuese parte de su mando. Tales órdenes fueron obedecidas reconociéndosele una especie de jefatura superior.[34] Poco a poco Franco se convertía en el general en jefe. Cada vez era mayor el número de los que le consideraban como tal. Había una razón más que aparece en sus recuerdos: la represión. Más adelante volveremos sobre este asunto, pero en el orden de los sucesos que estamos siguiendo se hace imprescindible una referencia. Tratándose de una guerra civil revolucionaria el principio de eliminación del enemigo a fin de asegurar el propio dominio, fue aplicado por ambos bandos. En principio se dio muerte a los sublevados cuando eran capturados o a los que, oponiéndose a la rebelión, la combatían; pero pronto ese sentido se hizo extensivo a determinados colectivos como sacerdotes, religiosos, derechistas conocidos o, en el lado de enfrente, comunistas, anarquistas, masones de quienes se sospechaba desempeñaban puestos de dirección.[35] Pronto hubo quienes, aprovechando el desorden político, se desembarazaron de enemigos personales. El asesinato de García Lorca, por ejemplo, aparece mezclado a muy confusos detalles, todavía hoy no aclarados del todo. Se imponía, pues, y los sectores más inteligentes de ambos bandos así lo reclamaban, el restablecimiento de un principio de autoridad que lo impidiese.

Este término no es equivalente de negativa a la represión. Los dos bandos estaban convencidos de que la necesitaban y no querían renunciar a ella. Se trataba, pues, de ordenarla, mediante la creación de tribunales «populares» en un bando y militares en otro que permitiesen establecer, mediante proceso, las pruebas previas de culpabilidad. Franco supo muy pronto que el tema de las represalias era manejado por separatistas vascos y catalanes ante el Vaticano tratando de socavar el apoyo que la Iglesia católica le prestaba. También se refirió, mucho más tarde, a que «no había un gobierno de autoridad que ejerciese su mando en toda España» y a que los generales, cada uno en su dominio, asumían la responsabilidad. La Junta de Defensa reclamó la legitimidad, pero no llegó a ejercerla de hecho. Durante «la marcha sobre Madrid» Franco fue acumulando sobre su persona más y más resortes para la decisión, convirtiéndose en un jefe cada vez más indiscutido. Aunque Queipo, otro aspirante a la dirección suprema, lograra importantes éxitos en Andalucía, éstos quedaron eclipsados muy pronto por las brillantes acciones del Ejército de África.

3. Al tomar la decisión de elegir el camino de Extremadura se señalaba un objetivo político muy importante, el de cerrar enteramente la frontera con Portugal, cuyo Gobierno, presidido por Oliveira Salazar, había tomado una actitud favorable a los militares españoles.[36] Desde muy diversos sectores Salazar había sido advertido de que una victoria del Frente Popular en España podía tener como consecuencia una

insurrección en Portugal; no ignoraba los designios de «federación ibérica» que figuraban en los programas de la izquierda española. En una reunión celebrada en San Bento el 19 de julio de 1936, el jefe del Gobierno portugués fijó la posición: o vencía Franco o tendría Portugal un vecino comunista con todas sus consecuencias. Muy pronto la prensa lusitana, situada en línea favorable a los nacionales, suscitaría la protesta del embajador, Claudio Sánchez Albornoz: la respuesta dada entonces soslayaba el tema: el Gobierno no podía controlar unos medios de comunicación privados. A pesar de las protestas que suscitó en algunos países de Europa, la posición de Salazar se mostró inalterable: el peligro que para su país significaba la implantación de un régimen pro-soviético en España, no le permitía dudar; tenía que apoyar a Franco con todas sus fuerzas.[37] La clave de toda la operación estaba en Mérida; pero el 6 de agosto comunicó a Mola que tenía noticia de que la Guardia Civil de Badajoz se había sublevado y reclamaba pronto socorro. De hecho los guardias concentrados en el cuartel de aquella ciudad, ante la noticia de que la columna de Asensio había llegado a los Santos de Maimona, convencidos de que la liberación era inmediata, rompieron la ambigua neutralidad en que se mantenían haciendo prisionero a Puigdendolas. El socorro no llegó tan pronto como esperaban y, trabajados por disensiones internas, los rebeldes se rindieron el 7 entregando a Puigdendolas sin daño, lo que no evitó nuevas y muy duras represalias rojas.[38] A las filas nacionales llegaban noticias abultadas acerca de las violencias que se producían en Badajoz.

Ese día 7 de agosto las vanguardias de Franco estaban en Almendralejo comprobando a cada instante cómo crecía el número de sus enemigos y dejándose ganar por el resentimiento a causa de las noticias acerca de las represalias rojas. La situación general se estaba tornando difícil: llegan a Franco partes que anunciaban la ofensiva sobre Oviedo, las operaciones en Aragón y el comienzo de los ataques en Baleares. Mola comunicó que se hallaba frenado en la sierra no sólo por el vigor del enemigo sino por la escasez de municiones y pertrechos que a él aquejaba. Franco le estimuló a que se mantuviese donde estaba, preparando envíos aéreos de material, pero le dio cuenta también de cómo los barcos republicanos estaban bombardeando Larache, Arcila, Cádiz y Algeciras; en este último puerto sufrió averías el cañonero Dato.[39] Funcionó un puente aéreo para suministrar a Mola; entre otras cosas se transportaron cien uniformes que permitirían hacer creer en la presencia de la Legión en los frentes del norte.

En las instrucciones cursadas, la conquista de Mérida estaba prevista para el 12 de agosto. La defendía un capitán de Asalto llamado Medina que disponía de muchos hombres, milicianos en su mayor parte: el 10 de agosto cursó al Gobierno un telegrama tranquilizador pensando que podía defender la ciudad, pero a las doce y media del día siguiente tuvo que comunicar que se había perdido. Este fracaso en Mérida alarmó al Gobierno: no era cuestión de número sino de otra clase de condiciones la posibilidad de obtener la victoria. El mismo día de la toma de Mérida, Franco habló con Mola por teléfono y explicó por escrito sus opiniones: Madrid seguía siendo objetivo prioritario ya que de la suerte de la capital parecía depender el resultado de la guerra y la reconquista del territorio debía ejecutarse con posterioridad en dos fases sucesivas, Levante y Cataluña; pero al mismo tiempo advertía que había que evitar la batalla de calles, donde las tropas se verían «desplazadas» y comunicaba que hasta entonces ignoraba que Toledo seguía resistien-

do.[40] Dos días más tarde, Mola hacía una breve visita a Sevilla para conferenciar con Queipo y Franco; fue entonces cuando se decidió el empujón sobre San Sebastián para cortar el enlace de la orla cantábrica con Francia, de donde venían los suministros y aislar así al Gobierno de Euzkadi reduciéndolo al dominio de una sola provincia.

En esta reunión se examinaron también las noticias que venían de la otra zona. Los tres reunidos asumieron el hecho de que, como en los casos de Goded, Burriel y Fanjul, a ellos no cabía otra esperanza, sí eran vencidos, que la de comparecer ante un pelotón de ejecuciones. La consulta del 13, seguida de inmediato por la reunión del 16 en Burgos, indicó por otra parte algún cambio radical en la situación. El 15 de agosto, imponiéndose a la voluntad de Queipo, y sin preocuparse de recabar la opinión de sus compañeros de la Junta de Defensa, Franco, después de asistir a la misa solemne ante el altar de Nuestra Señora de los Reyes en la catedral de Sevilla, restableció el uso de la bandera bicolor que para tradicionalistas y alfonsinos significaba el anuncio de que se abandonaba la República y se preparaba la Restauración. El general no aludió directa ni indirectamente a esto, pero su decisión de abandonar el credo republicano resultaba evidente. Sus palabras concretas fueron: «Ya tenéis aquí la gloriosa bandera española». Y como si estuviera continuando la arenga de 1931 a los cadetes de la Academia de Zaragoza, añadió: «Cuando se ha pasado toda la vida con una enseña, con una religión y con un ideal, eso no puede destruirse, eso no puede variarse. Porque sería lo mismo que si quisiéramos quitar a Dios de los altares». También a este respecto los monárquicos, como Kindelán, tenían que llegar a la conclusión de que Franco era, para ellos, jefe adecuado.

4. Franco que, el 11 de agosto, había dado a Yagüe el mando de la vanguardia en la marcha sobre Madrid –una nueva columna, a las órdenes de Helí Rolando de Tella, se había sumado a las anteriores– dudó acerca de la conveniencia de emprender la marcha directa desde Mérida hacia Talavera, soslayando Badajoz, pero el contraataque de los milicianos sobre Mérida, que fracasó, acabó por convencerle de que no podía dejar ningún foco de resistencia tan importante a sus espaldas: el 12 de agosto entregó a Yagüe instrucciones complementarias personales en que advertía que «los actos de crueldad serán severamente castigados» y de que estaba dispuesto a hacer responsables de las razzias y el pillaje «no sólo a los que los ejecuten sino a los jefes y oficiales». Mucha importancia dio sobre todo al ahorro de vidas de sus propios soldados.[41]

El 14 de agosto de 1936, a las 5:35 de la mañana, Yagüe emprendió el ataque sobre Badajoz, que sucumbió este mismo día después de una batalla extraordinariamente sangrienta. A partir de este momento Franco iba a tener que enfrentarse con una nueva forma de combate, que contra él y los suyos libraron las agencias internacionales de noticias dominadas desde la izquierda, que hicieron de este caso como luego del de Guernica, verdaderos arquetipos de crueldad.[42] Para el bando nacional la conquista de una capital de provincia, la primera que se hallaba firmemente en manos del enemigo, era signo de victoria próxima. Eduardo Cañizares, coronel, fue nombrado comandante militar de la plaza, aunque el Regimiento prácticamente no existía. El 22 de agosto explicó a Franco que había recurrido a voluntarios para reconstruirlo; proponía «aplicar duras sanciones y muy ejemplares a los que tuvie-

sen delitos de sangre» y a ninguno más, porque de este modo «los demás (refiriéndose a los milicianos y obreros) podrían así volver sin temor y mi parecer es que están muchos deseosos de hacerlo».[43]

5. Tras la conquista de Badajoz algunas columnas de milicianos dispersas permanecieron en Extremadura; conservaban incluso don Benito e intentaron, sin éxito, un contraataque sobre Mérida. Lo cual en definitiva permitió al Gobierno enviar al comandante José Ruiz Farraona para que organizase estas fuerzas y las convirtiese en lo que luego se llamaría Columna Badajoz. De hecho también aquí se estabilizó el frente;[44] quedó inmediatamente a cargo de Queipo de Llano que, de este modo, afianzaba y ampliaba su ámbito de dominio. Con material muy escaso, y sin la posibilidad de obtener refuerzos, Queipo dio pronto la sensacion de ser un jefe de Ejército muy eficaz: despejando el terreno en torno a Córdoba, abriendo un pasillo hasta Granada, ocupando Ronda y su serranía –lo que significaba amenaza directa sobre Málaga– consiguió dar homogeneidad a su zona de mando obligando al Gobierno de Madrid a distraer importantes fuerzas para crear el Ejército de Andalucía a las órdenes del general Fernando Martínez Monje. A pesar de su presencia y del refuerzo que suponía una Brigada Internacional, la XIV, Queipo prosiguió su avance: entre los días 14 de diciembre y 2 de enero, en una vigorosa ofensiva que prácticamente desarticuló la XIV Brigada, pudo apoderarse de Bujalance, Montoro, Lopera y Porcuna.[45] Su proyecto inmediato era, ahora, Málaga.

Tal vez por esta causa, o porque se ignoraba la verdadera situación, el Santuario de Santa María de la Cabeza no fue socorrido: se establecería por esta causa una especie de diferencia moral entre Franco, que libró Guadalupe y Toledo, aun con riesgo para toda la operación madrileña, y Queipo que no pudo impedir la destrucción de la heroica guarnición de guardias civiles encastillados en la sierra cordobesa. Desde el punto de vista de una estrategia ortodoxa, Queipo tenía razón y no era posible poner en peligro operaciones más decisivas para acudir en socorro de aquella posición. Pero la guerra española era guerra civil y, como tal, estaba muy atenta al valor de los sentimientos.

Un capitán, Santiago Cortés González, concentró en agosto de 1936 en el mencionado Santuario a unas 1.200 personas, de las que poco más de trescientas combatían; el resto eran sus familiares. Los frentepopulistas, al principio, se limitaron a bombardear la posición cercándola. Desde el 3 de octubre una escuadrilla –al principio una sola avioneta– mandada por el capitán Carlos Haya, proporcionó suministros que permitieron una angustiosa supervivencia a una población famélica que cada día perdía nuevos efectivos. Franco intentó gestionar con la Cruz Roja internacional la evacuación, al menos, de los civiles, pero guardias y familiares se negaron. Al final el mando rojo tuvo que disponer el asalto que se consumó entre los días 26 y 30 de abril de 1937. Fue una gesta heroica que costó muchas vidas a los atacantes y obstaculizó sus operaciones.[46] El capitán Cortés, gravemente herido, murió en el hospital de campaña sin que pudieran los médicos salvarle.

6. El 16 de agosto, Franco viajó a Burgos en avión para entrevistarse con Mola, Cabanellas, Cavalcanti y Dávila. Se trataba de coordinar las operaciones en todos los frentes y de arbitrar los medios necesarios para hacer frente a las perentorias necesida-

des. Probablemente fue entonces cuando Mola propuso un repliegue hasta Aranda de Duero para acortar las líneas y facilitar aprovisionamientos, proyecto al que Franco se opuso resueltamente. Pero veamos cómo lo explica mucho después el Generalísimo, envuelto aún en el triunfo que significó la gran acogida popular;[47] conviene leer entre líneas y no olvidar que se trata de frases de un memorándum posterior en veinte años a los acontecimientos:

> «La Junta de Burgos con Cabanellas y Mola. Propuesta de Mola de retroceder al Duero, enérgica negativa. El problema político: lo pensado ante la realidad; la cruzada y las aportaciones políticas. Falange y requetés, el pueblo todo, republicanos, monárquicos e indiferentes, patriotas y católicos. No fue una clase social determinada, sino de todas clases, desde el aristócrata hasta el más humilde campesino u obrero. Había que combatir y explicar al pueblo por qué se combatía. Desde el primer momento el concepto de que se combatía por Dios y por España se presentó tan claro, pero hacía falta más, el concretar la orientación futura, el definir las características del Régimen futuro, recoger de los sectores que se incorporaban al Movimiento lo que era factor común y anhelo de los más, un hondo sentir católico y social y abolir para siempre las causas de nuestra decadencia, partidos políticos en pugna, masonería y comunismo».
>
> «Inferioridad de armamentos. A la adquisición de armamentos con cuentagotas. Alemania. Escándalo del tetratrilato de plomo. Preocupación primordial fue la dotación y municionamiento de nuestro Ejército, objetivos y armas. Milagros en el armamento. Carecíamos de municiones. La guerra se hace larga, hay que poner el tiempo a nuestro favor: la economía, la moneda, la industria, los efectivos, la retaguardia. Objetivos militares compaginarlos con los económicos. Caracteriza las operaciones. Deformación de las monedas, movilizacion de la industria, importaciones complementarias. Exigencias alemanas: 50% divisas y 50% mercancías a pagar (poca capacidad de pago). Italia más generosa».
>
> «El ángel de la guarda con nosotros. Ayuda escandalosa de Dios: el *Silvia*, el *Mar Negro*, etc, etc. Nuestro esfuerzo en la mar, armamento de buques, cruceros auxiliares, bous, utilización de la noche. Presas. Táctica de silencio. La empresa de Suiza = expedición canaria. La situación en España. Mi viaje a Burgos a la Junta. Relevo de Álvarez Arenas y Gil Yuste. Pérdida de Caspe. Paso de municiones y 1 Tabor a Mola por tierra por Portugal y por mar a Vigo».[48]

Aunque probablemente Franco mezcla cosas de fechas muy distintas –Caspe sucumbió, como dijimos, el 25 de julio– puede admitirse que en la reunión de Burgos, donde actuaba ya como verdadero jefe supremo, se discutieron cosas muy importantes, entre otras el sentido que debía tener el Movimiento, en el que los republicanos eran ya minoría y los monárquicos, católicos y falangistas fuerza principal, así como el modo de hacer frente a las exigencias de los proveedores de armas, muy duras en el caso alemán, muy satisfactorias en el italiano. Franco sacrificó en ayuda de Mola parte de sus soldados y material a cambio de que no abandonase la sierra y

logró de él un compromiso de inmediata acción en Guipúzcoa. También quedó fijado el plan de marcha sobre Madrid, el cual fue puesto por escrito el 21 de agosto.

El plan tenía cuatro etapas: Oropesa, Talavera, Maqueda-Toledo, llegada a Madrid por el Sur, por Valdemoro, Leganés y Villaverde.[49] No cabe duda de que no hubo una «decisión» en Maqueda, como algunos historiadores han supuesto, ya que el propósito de ir a Toledo antes que a Madrid estaba formado antes del 20 de agosto. En sus instrucciones Franco advertía que el plan podía experimentar variaciones de acuerdo con la resistencia del enemigo ya que sus fuerzas, a causa de bajas y de guarniciones a retaguardia, habían perdido ya una cuarta parte de los efectivos. 18.000 hombres no era mucho para el propósito de apoderarse de Madrid.[50]

Sin perder tiempo, Mola emprendió la operación de Guipúzcoa: las milicias anarquistas se habían armado con el botín conseguido en la rendición de los cuarteles de Loyola, pero iban a enfrentarse con las Brigadas navarras. La lucha más enconada tuvo por escenario el fuerte de San Marcial, que los nacionales tomaron el 3 de setiembre. Una vez conquistado Irún, los vencedores continuaron adelante, entraron en San Sebastián el 13 del mismo mes y estabilizaron el frente el 24 sobre el río Deva. Mola no quiso poner en ejecución un plan que Solchaga le presentó para una ofensiva en Vizcaya.[51] No contaba con fuerzas suficientes.

7. El 20 de agosto se hizo llegar al comandante Manuel Gómez Cantos, que se defendía en el monasterio de Guadalupe, un mensaje de aliento: los socorros iban a llegar. Otro semejante dejó caer un avión en medio de las ruinas del Alcázar de Toledo. De hecho el 21, dispersos los milicianos de Uribarry, fue liberado el monasterio. Al día siguiente la columna de Yagüe llegaba a Navalmoral donde aún resistía el cuartelillo de la Guardia Civil. Se utilizaba mucho la táctica envolvente induciendo de esta manera a los milicianos a emprender la fuga. Hasta el 27 de agosto permanecería Yagüe en Navalmoral, reagrupando sus fuerzas mientras el general Riquelme por encargo del Gobierno de la República acudía a tomar el mando. Era evidente que las milicias no estaban en condiciones de frenar el avance del aguerrido Ejército de África.

Franco abandonó Sevilla, demasiado lejos del frente, y fue a instalarse en Cáceres; el palacio de los Golfines de Arriba se convirtió en improvisado cuartel general. De este modo Queipo iba a disponer de una mayor libertad de acción. En Cáceres rodeaban al general consejeros civiles que formaban una especie de embrión de gobierno, entre otros su hermano Nicolás y el diplomático Antonio Sangróniz. Llegaban noticias alentadoras desde el frente, que se hundía, y terribles desde Madrid, donde el 23 de agosto la cárcel Modelo fue asaltada cometiéndose asesinatos, como el de Melquíades Álvarez, que nada tenían que ver con el Alzamiento. Era peligroso mostrar piedad por las víctimas. Un hijo y un amigo del general Fanjúl, que se ocupaban en darle sepultura fueron asesinados en el cementerio. Dos hermanos de Serrano Suñer, que trataban de salvar la vida del futuro ministro, que figuraba en lista de víctimas, fueron detenidos y asesinados.[52] Como puede suponerse estas noticias contribuían a aumentar las represalias del bando contrario.

El 3 de setiembre, a pesar de que Asensio Torrado había conseguido acumular 10.000 hombres para su defensa, Yagüe tomó Talavera. Culminaba de este modo la fase inicial de la ofensiva de Franco y su Ejército. El ministro de la Guerra de la Repú-

blica, Hernández Saravia, conoció la noticia directamente cuando a su llamada telefónica respondió la voz de un soldado marroquí.[53] La resistencia fue muy fuerte pero la indisciplina acabó provocando entre los milicianos el pánico. Yagüe capturó abundante botín, incluyendo un tren blindado.[54] Aunque el ahora general Asensio Torrado intentó el día 5 recuperar Talavera no pudo conseguirlo. El día 9, en el flanco izquierdo de la marcha, al entrar los soldados de Yagüe en Arenas de San Pedro, encontraron la columna de Monasterio que venía de Ávila.[55] Ahora el frente de Madrid formaba una línea continua y amenazadora para sus defensores, desde Somosierra a Talavera.

Una manifestación popular espontánea se produjo en Cáceres al fijarse la pizarra que daba la noticia: fue a situarse bajo los balcones del palacio de los Golfines repitiendo el grito triple de Franco, Franco, Franco, que más tarde se convertiría en tópico de ritual.

Federico Suárez Verdeguer, «La guerra de España vista por un poeta», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 571-579.

[58] R. de La Cierva, *Franco*, p. 157.

[59] La ocupación masiva de tierras decretada por el Frente Popular, así como la distribución en parcelas demasiado pequeñas fueron causa, al menos en parte, de la espantosa ruina de la zona roja. Al suspenderse la reforma los cultivadores ya asentados permanecieron en la tierra abonando la misma renta que les había señalado la República. Sobre los aspectos de la política agraria y el minifundio, J. A. Lacomba, *op. cit.*, p. 290.

Notas al Capítulo 16.

[1] R. de La Cierva, *Franco*, p. 159.

[2] J. M. Martínez Bande, «Manuscritos de la guerra de liberación», en *Revista de Historia Militar*, núm. 40, 1976, p.110.

[3] R. de La Cierva, *Guerra civil*, I, p. 420, estima como muy probable que Goicoechea, Yanguas y el conde de Vallellano convenciaran a Mola para que no incluyera civiles a fin de preservar la neutralidad política.

[4] Guillermo Cabanellas, *La guerra de los mil días*, Madrid, 1973, en un alegato en que lógicamente defiende la conducta de su padre, proporciona noticias importantes que revelan cómo el presidente de la Junta pensaba que su designación era permanente.

[5] Los decretos de constitución de la Junta y de nombramiento de Franco fueron publicados en el *Diario Oficial de Tetuán* los días 25 y 26 de julio. No puede dudarse por tanto de que Franco admitió su legitimidad. B. Crozier, *op. cit.*, I, p. 288, nota 4, corrobora esta noticia con un informe de la Casa Militar del Generalísimo.

[6] J. M. Martínez Bande, *La marcha...*, p. 57

[7] En su *Carta a un militar español*, José Antonio, que utiliza la expresión «salvaguardia de lo permanente», dice que «al Ejército le va a corresponder, una vez más, la tarea de reemplazar al estado inexistente», en *Obras completas*, p. 649.

[8] A. Kindelán, *Mis cuadernos de guerra*, Madrid, p. 47, hace una larga exposición de los motivos que le movieron a imponer el criterio del mando único.

[9] Es importante el comentario del embajador alemán en París, Seydel, con quien Beigbeder, a través del agregado militar estaba en contacto, hizo a su Ministerio: «de todas maneras el comandante en jefe es Franco». 16 de agosto. *Wilhelmstrasse*, pp. 33-35.

[10] Se enviaron cinco notas consecutivas los días 21, 25, 26 de julio, 4 y 7 de agosto, todas en tono conminatorio. B. Crozier, *op. cit.*, I, pp. 281-282.

[11] El puente aéreo estaba transportando fuerzas que equivalían casi a un batallón diario. A. Kindelan, *Guerra de liberación*, Madrid, 1961, p. 365.

[12] Este largo mensaje ha sido descubierto y publicado, como otros muchos, por Martínez Bande, *Del Alzamiento...*, pp. 21-22. No puede ser anterior al 29 de julio porque en él se dan tres noticias: la consolidación del dominio de Andalucía, con Huelva en su poder, la expulsión de los barcos republicanos de Tanger –que Franco creía haber conseguido con su nota del 26– y la llegada de los primeros aviones alemanes. Según Williard C. Frank, *Seapower, Politics and Onset of Spanish War, 1936*, Pittsburg, 1969, pp. 449-450, los primeros aviones alemanes de transporte llegaron a Tetuán el 29 de julio. Las abultadas noticias de Jackson no son correctas. Hay otros mensajes de Franco a Mola, del 1, 2 y 3 de agosto. En este último le anunció que el día siguiente proyectaba pasar el Estrecho.

[13] Seguimos a J. M. Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, Madrid, 1986, p. 69 y ss.

[14] Noticia y comentario en R. de La Cierva, *Francisco Franco*, 1.ª ed., I, p. 478. Sin embargo el sionismo y la mayor parte de las organizaciones judías estaban a favor del Frente Popular. Hubo una manifestación judía en su apoyo en Praga y bastantes judíos sirvieron como voluntarios en las Brigadas Internacionales.

[15] Cl. Martín, *op. cit.*, pp. 191-192.

[16] J. M. Martínez Bande, *La marcha...*, pp. 62-79.

[17] J. y R. Salas Larrazabal, *La guerra...*, pp. 328-329.

[18] J. M. Martínez Bande, *La marcha...*, pp. 98-109.

[19] La orden pub. por J. M. Martínez Bande, *La marcha...*, p. 357.

[20] Uno de los testigos directos, combatiente de milicias de Falange, explica la importancia que tenían las noticias de la marcha de Franco. A. Corniero Suárez, *Diario de un rebelde*, Madrid, 1991, p. 191 y ss.

[21] Es de gran importancia el estudio de Miguel Alonso Baquer, «La estrategia en la guerra de España», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 231-243. En ambos casos existió, sin duda, influencia de otros militares pero, más en el caso de Franco, a él correspondía tomar las decisiones.

[22] *Apuntes*, p. 41. Ideas muy parecidas expondrá más tarde al explicar la forma en que España pudo conservar su no beligerancia.

[23] Franco ordenó a Kindelán que fuera a Gibraltar a llevar la protesta. El jefe del Aire aprovechó para telegrafiar a Alfonso XIII noticias del movimiento. A. Kindelán, *Mis cuadernos*, p. 19

[24] La cobertura aérea la formaban 5 Savoia, 3 Fokker trimotores, 2 hidroaviones, 2 cazas Nieuport y una escuadrilla Breguet. J. Salas Larrazábal, *Historia del ejército popular*, I, Madrid, 1974, p. 295.

[25] L. Galinsoaga y F. Franco-Salgado, *Centinela de Occidente*, pp. 255-256.

[26] La explicación detallada de la operación en J. M. Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, pp. 54-63.

[27] A. Kindelán, *Mis cuadernos...*, p. 21.

[28] Llama la atención el escaso relieve que otorga Franco en sus *Apuntes* a esta operación de paso del Estrecho, apenas tres palabras, p. 40.

[29] Este nombramiento fue discutido por Ramón de Carranza, almirante retirado, que tenía 73 años y el 12 de setiembre pidió a Franco que se le nombrase para el cargo. Franco respondió el 15 de dicho mes que el nombramiento estaba hecho y que Moreno Fernández estaba muy bien conceptuado. Carranza insistiría el 20 de setiembre: al ponerse en servicio el «Baleares» no podía confiarse el mando a un jefe de inferior graduación. *Documentos*, I, pp. 81-86.

[30] El «Cervera» trató, en tres ocasiones al menos, de apoyar con el fuego de sus cañones a los defensores del cuartel de Simancas, Zapadores y El Coto que se defendieron en Gijón hasta el 21 de agosto. En el último instante el coronel Pinilla envió al comandante del «Cervera», Salvador Moreno Fernández, el impresionante mensaje de «El enemigo está dentro. Disparad sobre nosotros». J. M. Martínez Bande, *Los asedios*, Madrid, 1983, p. 297.

[31] Sobre la guerra en el mar Ricardo Cerezo Martínez ha publicado cuatro volúmenes, *Armada española en el siglo XX*, del que uno dedica íntegramente a estas operaciones. Un resumen del mismo autor, «Aspecto naval de la guerra civil española», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 257-274.

[32] J. M. Martínez Bande, *La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca*, Madrid, 1989, pp. 62-94.

[33] J. M. Martínez Bande, *La invasión de Aragón...*, pp. 145-213.

[34] Además de R. de La Cierva, *Franco*, pp. 166-167, ver la edición de los papeles manuscritos de Franco hecha por J. M. Martínez Bande en el núm. 40 de la *Revista de Historia Militar*, Madrid, 1976.

[35] La represión tenía tres aspectos legales: destitución a los desafectos, prisión con o sin sentencia, juicio sumario con aplicación de pena de muerte. Pero fueron más las víctimas de simples asesinatos llamados «paseos» por mimetismo con las películas de gangsters de aquellos años. J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra*, pp. 345-348.

[36] La importancia de bloquear la frontera de Portugal quedó establecida por lo menos desde el 4 de agosto, víspera del paso del Estrecho. En una nota de Franco a Mola comunicaba a éste que, desde Lisboa, Gil Robles le había escrito para decirle que disponía de ocho millones de pesetas en divisas, amén de muchas facilidades crediticias («material que adquiera no me apuran pago» era la frase textual empleada, J. M. Martínez Bande, *Del Alzamiento...*, p. 22). Portugal era puerta de entrada para material alemán y también para compras en el área de la libra. Años más tarde, en uno de sus manuscritos, Franco recor-

daría que Gil Robles «trabajó en Lisboa por el Movimiento» aunque sospechaba que lo hacía pensando sobre todo en su «futuro político».

[37] Franco Nogueira, *Salazar*, III, Oporto, 1983, pp. 12-35.

[38] J. M. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid...*, pp. 134-136.

[39] La carta del 7 de agosto en J. Martínez Bande, *Del Alzamiento...*, pp. 20-21.

[40] Todos los historiadores que se han ocupado de esta cuestión insisten en la importancia de esta carta. Todavía no había tomado Franco la decisión de acudir en socorro de Toledo, pero sí en cambio la de que era imprescindible conservar las posiciones en la sierra y tomar Madrid mediante una maniobra envolvente, sin engolfarse en una batalla de calles: «acción sobre Madrid estimo debe consistir en apretarle cerco y privarle agua y aeródromos, cortarle comunicaciones evitando ataques casco población que en caso contrario destrozaría tropas». J. M. Martínez Bande, *Del Alzamiento...*, p. 23.

[41] J. M. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid...*, p. 142.

[42] Franco nunca exteriorizó en público disgusto alguno por la forma en que se había llevado a cabo la conquista de Badajoz, aunque en la tormentosa entrevista con Yagüe el 27 de junio de 1940, en que destituyó a éste violentamente como ministro, esgrimió una carta dirigida a él mismo, de 19 de mayo en que se aludía a dicha crueldad. Martínez Bande, *La marcha*, p. 143, evalúa las pérdidas nacionales en 283 y las de los rojos en un millar aproximadamente. Esto confirma la dureza de la lucha. La cólera de los legionarios, ante estas pérdidas y ante la noticia de las represalias ejecutadas con anterioridad contribuyeron sin duda al endurecimiento de la batalla. No podemos saber cuántos milicianos murieron en combate y cuántos fueron objeto de venganza. La superioridad numérica estuvo del lado de Puigdendolas, 8.000 contra 3.000, según H. Thomas, *op. cit.*, I, pp. 405-407. Las cifras manejadas en el recuerdo, puramente estimativas son poco de fiar. Es seguro que Yagüe hizo fusilar algunos prisioneros en las tapias del cementerio, justificándose con que no podía dejar enemigos detrás. Los milicianos del Frente Popular procedieron de la misma manera con los prisioneros del Cuartel de la Montaña, incluso contra los que salían con brazos en alto y pañuelos blancos. No cabe duda de que Badajoz fue, por su crueldad, un mal ejemplo para ambos bandos. Los milicianos se reagruparon y, en otras zonas de Extremadura, también cometieron actos reprobables.

Hasta aquí lo que sabemos. Pero desde Elvas (Portugal) un periodista norteamericano, que jamás estuvo en Badajoz, corresponsal del *Chicago Tribune*, envió a su periódico un telegrama afirmando que los nacionales vencedores habían organizado en la plaza de toros un espectáculo público de fusilamiento de prisioneros. La noticia, sin tener en cuenta el disparate que significaba, fue sin embargo repetida porque permitía hacer volar la fantasía. La veracidad de dicho periodista puede comprobarse sin más que tener en cuenta el telegrama que pocos días antes enviara a su periódico: «Almendra Lejo, derechista, fue crucificado, empapado en gasolina y quemado vivo». Ni siquiera había llegado a enterarse de que Almendralejo es una población situada a no mucha distancia de donde él escribía. Esta segunda noticia no se hizo tan famosa como la primera porque perjudicaba a los republicanos, pero podía figurar en la misma antología del disparate. Periodistas de esta clase han contribuido a presentar la Guerra Civil española como mucho más cruel de lo que realmente fue. La historia del macabro festival de la plaza de toros –no de la triste suerte de don Almendra– fue reproducida el 27 de octubre por *La Voz de Madrid*; sirvió para que se asesinara a unas cuantas personas de derechas. Joaquín Zugazagoitia la repitió. G. Hills, *Franco*, pp. 251-252.

[43] Al margen de esta carta, Franco escribió: «completamente conforme», J. M. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid...*, p. 149, nota 144. Esta resolución responde a lo que sería criterio de Franco: distinguir entre delitos de sangre, que merecen la muerte, y políticos, con penas de prisión. Pero nunca recomendó blandura.

[44] J. M. Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, pp. 143-146.

[45] J. M. Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, pp. 150-155.

[46] Detallado estudio de J. M. Martínez Bande, *Los asedios*, Madrid, 1983, pp. 105-200.

[47] Descripción del viaje en R. de La Cierva, *Franco*, pp. 168-169.

[48] *Apuntes*, pp. 40-41.

[49] J. M. Martínez Bande, *Del Alzamiento...*, p. 24, al publicar este importante documento llegó a la indudable conclusión de que la decisión de socorrer Toledo ya estaba tomada. No es posible situar cronológicamente la conversación que relata Kindelán en sus *Cuadernos de guerra*, p. 23, cuando advirtió al Generalísimo: «¿sabe, mi general, que Toledo puede costarle Madrid?». Al parecer Franco replicó que la significación moral que representaba la liberación del Alcázar compensaba con creces el riesgo que tenían que asumir.

[50] J. M. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid...*, pp. 152-155.

[51] La conquista de San Sebastián tenía dos efectos complementarios: al cerrar el contacto fronterizo, Mola se hacía dueño del puesto de Irún-Hendaya, importante para los contactos con los grupos que trabajaban a favor de los nacionales en Bayona, Biarritz y San Juan de Luz, fundamentalmente monárquicos. F. Olaya, *op. cit.*, pp. 59-63. Ver J. M. Martínez Bande, *Nueve meses de guerra en el norte*, pp. 64-90, para la descripción de las operaciones

[52] Los autores de los asesinatos invocaban venganza por la represión de Badajoz. Azaña, *Obras Completas*, IV, p. 851, dice que él y Giral estaban tan asustados que pensaron en dimitir. El remedio imaginado, los tribunales populares, tampoco frenaría la violencia.

[53] Kindelán, *Mis cuadernos...*, p. 23, coloca en este momento su propuesta a Franco para socorrer Toledo.

[54] J. M. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid...*, pp. 156-162.

[55] J. M. Martínez Bande. *ibid.*, pp. 164-168.

Notas al Capítulo 17.

[1] J. Tusell, *La España del siglo XX*, p. 359, cuya opinión no puede considerarse favorable al franquismo, ha señalado que la unidad «se consiguió efectivamente y, además, sin sangre»; hecha efectiva mediante el procedimiento de que cada parte sacrificara algo de su programa en beneficio del conjunto. Eficaz durante la guerra, no lo fue tanto después.

[2] A. Montero, *Historia de la persecución religiosa en España*, Madrid, 1961, p. 55.

[3] José Guerra Campos, «La Iglesia en España (1936-1975). Síntesis histórica», en *La guerra y la paz cincuenta años después*, pp. 440-441.

[4] A. Marquina, *La diplomacia vaticana y la España de Franco*, Madrid, 1983, pp. 38-41.

[5] Uno de los que llegaron a Pamplona fue el beato Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei. Sorprendido por la rebelión en Madrid –la sede de su fundacion se hallaba precisamente frente al Cuartel de la Montaña– pudo ocultarse en términos muy azarosos, acaso porque los milicianos le confundieron con otra persona a la que ahorcaron. Fingiéndose enfermo psíquico pudo pasar cinco meses en una clínica de la Ciudad Lineal; en marzo de 1937 pasó a la Legación de Honduras que además le proporcionó documentación como si fuera uno de sus empleados. A pesar de esto, y del riesgo con que intentaba mantener el contacto con sus seguidores, llegó al convencimiento –uno entre más– de que sólo en la zona nacional le sería posible volver a emprender la tarea de construir la asociación de laicos, hoy prelatura personal, que desde 1928 estaba intentando crear. Para ello se trasladó a Valencia y luego a Barcelona y, con otras siete personas, estableció contacto con ciertas organizaciones que se dedicaban a pasar a Francia personas en peligro haciendolo por los riscos del Pirineo en invierno para impedir la persecución. Entre los días 19 de noviembre y 2 de diciembre los expedicionarios –sólo cuatro, junto con José María Escrivá, pertenecían al Opus Dei– salvaron los pasos de la montaña en condiciones sumamente difíciles y llegaron a Lourdes. Desde aquí pasaron a Pamplona (11 de diciembre), alojándose durante un mes en la residencia de don Marcelino Olaechea.

Años mas tarde, el beato Escrivá recordaría la importancia de esta breve estancia en Pamplona: desde aquella diócesis se estaba reorganizando el catolicismo español. Una investigación acerca de la labor del obispo Olaechea, aún no realizada, aportará sin duda datos importantes. Sobre los orígenes del Opus Dei y su reorganización a causa de la guerra, ver S. Bernal, *Apuntes sobre la vida del fundador del Opus Dei*, Madrid, 1976; P. Berglar, *Opus Dei*, Madrid, 1987; A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, 1983; y Ana Sastre, *Tiempo de caminar*, Madrid, 1988.